



UN MONJE HISTORIADOR  
DE LAS  
LETRAS CONTEMPORÁNEAS EN ESPAÑA

(El Padre Francisco Blanco García<sup>1</sup>)

I

JUZGANDO la *Historia de la literatura francesa* por Nisard, escribía Sainte-Beuve estas palabras que adopto: "El que ejerce de crítico, claro está que al preferir cierto método á los restantes, obedece á su condición personal y á sus reflexiones, y se halla propenso á tener mucho que objetar á otro método cualquiera. El nuestro nos parece el más verdadero y mejor, y á no ser así, no lo hubiésemos adoptado. Establécese en nuestro interior una especie de connivencia

<sup>1</sup> *La Literatura española en el siglo XIX*.—Por el Padre Francisco Blanco García, Agustino, profesor en el Real Colegio del Escorial.—Dos partes, en un tomo cada una.—Madrid, 1891.

casi forzosa entre las facultades y el juicio, y por eso es tan arduo y delicado para el crítico que ejerce con arreglo á determinados procedimientos fallar acerca del valor absoluto de otro crítico, su contemporáneo y colega."

Tropiezo en el mismo obstáculo que el autor de los *Lunes*, al tratar de la obra del Padre Blanco García. Es evidente que si yo escribiese *La Literatura española en el siglo XIX*, emplearía muy distintos procedimientos y muy otro método; que este método y procedimientos, por ser los que prefiero, han de parecerme los mejores, y en los del Padre tengo que encontrar inconvenientes, varias cosas que desaprobaré, otras que discutiré, y algunas que elogiaré por análogas á lo que yo haría puesta en el caso.

Nótese, ante todo, que el sutil ingenio ecléctico de Sainte-Beuve, tan bien organizado para sentir la belleza de obras, no sólo distintas, sino contrapuestas en todo, al llegar á una de carácter histórico-literario cesa de tener dos pesos y dos me-

didadas, se reviste de severidad, y opone al principio de libertad artística, hoy imperante en el gusto, el de la unidad en lo necesario científico. Puede, en efecto, la belleza surgir de la página del historiador como de la estrofa del poeta ó la descripción del novelista; pero no es la belleza, sino la verdad, objeto principal de la obra histórica; la verdad, que trae de la mano la enseñanza fecunda. En concepto de Sainte-Beuve, pecaba la obra de Nisard de ser un continuo proceso, una especie de juicio de las almas, semejante al que vemos pintado en los jeroglíficos egipcios, y el insigne *José Delorme* se preguntaba á sí propio: "¿Existen dos hombres, sobre todo dos hombres de escogido gusto, que concuerden en estos juicios y censuras?," No existen, no; y si no se concibe el acuerdo en la parte calificativa ni en la metodológica, difícilmente, al apreciar obras como la del Padre Blanco García, podrá rebosar la aprobación incondicional, ni aun de la pluma más dispuesta á la benevolencia.

Aparte de esto, sólo favorables disposiciones noto en mí hacia el monje del Escorial.—Todo me habla en su elogio: juventud, modestia, entrañable amor á las letras, tolerancia y moderación, tesoro de conocimientos sorprendente en sus años... El novel historiador de nuestra literatura moderna nació en la ciudad de Astorga el 3 de Diciembre de 1864; de suerte que acaba de cumplir los veintiocho. Entró en religión á los quince (nótese que son los mejores religiosos, los más fieles á sus votos y á su regla, estos que pasan así, de la cuna al claustro), y profesó á los diez y nueve. Á los veintidós cantaba Misa. Desde entonces, el estudio, la enseñanza, la labor literaria, entretijeron su vida en el adusto Escorial, donde la comunidad de Agustinos forma doctísima colmena. Pálida es la biografía del Padre Blanco, mas la ilumina el sol de la belleza literaria, belleza que siente con ardorosa efusión el joven monje. ¿Qué le importa la soledad, la desnudez de su celda? La pueblan los divinos fantasmas

de Quintana, Espronceda, Tula y Zorrilla, y la llenan de armonía sus inmortales estrofas. — Comprendo que en semejante compañía ni atraiga el mundo real (menos pintoresco y vívido que el ideal, cuando sabemos elegir y lo formamos á nuestra imagen y semejanza), ni tiene la insípida libertad del vivir mundano, jamás comparable á los ilimitados y brillantes vuelos de la fantasía por espacios vestidos de colores é inundados de luz.—Lo diré llanamente: dentro de la facultad que tiene cada hombre para seguir su vocación y ser autor de su propio destino, el elegido por el Padre Blanco me parece artístico y venturoso, y si el claustro de por sí es una de las mejores soluciones al problema de nuestra peregrinación en el consabido valle... el claustro con literatura... miel sobre hojuelas.

Por otras razones me es simpática la obra del Agustino. Desde la Revolución acá, durante un cuarto de siglo, diríase que en nuestra patria se han aborrecido, cual enemigos rabiosos, la propaganda

católica y las bellas letras. Al canto del poeta, á la página de oro del prosista, á la obra impregnada de savia vital, respondían desde el periódico, desde la revista, desde el púlpito y desde el aula católica la prohibición, el anatema, la acerba sátira, la despiadada censura. Sin tomarse el trabajo de saber qué vientos impulsaban á la nave literaria, ni qué derrotero seguía, se condenó, se condenó, se condenó, hasta lograr un desvío sistemático, llamado á resolverse en funesto divorcio. Los que por espíritu *misonquista* habfan abrazado antaño el partido de la clásica peluca contra la melena romántica, renegaban ahora, en nombre de la melena, de la bien recortada cabellera del realismo... De nada servía recordar que las épocas más gloriosas para la Iglesia fueron aquellas en que dió asilo en su regazo á las artes y las amparó sin atrofiarlas.—Jungmann reinaba sobre nosotros, y los que no quisimos rendirle pleitohomenaje pasamos plaza de malos cristianos y envenenadores de profesión. Fué resultado de este

sistema que nos habituásemos á no contar entre los elementos de la cultura estética nacional el elemento oficialmente católico; que olvidásemos la existencia de sus publicaciones, sus *críticos*, sus lectores, hasta sus mismos sabios, cuya sabiduría, por exclusivista y ciega, nos parecía peor que toda ignorancia. ¡Eliminación severa y dolorosa, pero inevitable! Ibamos juntos al templo... y no podíamos ir juntos al Parnaso, ni siquiera á sus alrededores.

Sin embargo, desde hará cosa de un lustro viene señalándose en ciertas Órdenes una tendencia más racional y prudente á la templanza en la forma y en el fondo de la crítica, y á otorgar su mérito propio á las obras literarias modernas, como desde tiempo inmemorial se les otorga á las clásicas. No parece mucho conseguir el que obtenga un literato vivo casi la misma justicia que se le dispensa, v. gr., á Diego de Hojeda ó á los Argensolas (para no citar furibundos paganos como el autor de la *Farsalia*, ó el de *Daf-*

*nis y Cloe*). El libro del Padre Blanco, —sin desviarse del criterio de la ortodoxia, —es muestra, quizá la más patente, de ese iris de paz que en el horizonte luce. El Padre otorga á los escritores racionalistas ó escépticos, no solamente lo que ordena la equidad en cuanto á reconocimiento de cualidades, sino algo más íntimo, que representa más alta efusión de caridad, el calor del elogio, que prueba la confraternidad misteriosa de las almas encendidas en amor de la eterna hermosura, expresada por el arte con formas sensibles, que aún no han perdido el reflejo del mundo superior de que proceden. El Padre Blanco, en bastantes páginas de su libro, dice al artista, con el lenguaje de la admiración y del entusiasmo que se desborda: "Pienses como pienses y creas lo que creas, hay sentimientos que nos hacen hermanos." —Nótese que escribo *en bastantes páginas*: no en todas, ni en casi todas, como ya puede afirmarse de Menéndez y Pelayo, en quien va alzando la masa, con creciente brío, esa generosa y humana

levadura.—Pero Menéndez es un laico.

La tarea que el Padre Blanco se impuso, en edad tan moza, es de aquellas que asustan á los veteranos, y por lo espinosa y ardua cubriría de gloria á quien la desempeñase con aplauso de la minoría inteligente y á placer de la mayoría ilustrada. Nadie, hasta la fecha, ha podido jactarse de este triunfo. No conozco historia de las letras ensalzada sin numerosas restricciones, más graves por lo común que las de Sainte-Beuve al justipreciar la obra de Nisard.—Citaré, para ejemplo, las dedicadas á las letras españolas. Las compilaciones secamente eruditas del siglo pasado no merecen entrar en cuenta sino á título de material aprovechable. En los Bouterverck, Puibusque y Sismondi, las deficiencias corren parejas con el apasionamiento. Ticknor, que nos *sabía*, no nos pudo *amar*, ni, por lo tanto, *comprender*, ni infundir vida á la momia del tiempo pasado nuestro. Hubbard, como nadie ignora, está plagado de errores. Amador de los Rfos (que dejó

parte de un monumento herreriano, grandioso, pesado y lleno de aridez) carecía de un don precioso: ni acertaba á distinguir ni á comparar.—¿Es mucho que Menéndez y Pelayo, con toda su vastísima cultura y su fantasía lozana, aguarde á plena madurez antes de acometer la magna empresa?

Bastantes eruditos sostienen la absoluta imposibilidad de éxito en las historias generales, y sólo creen fructífera para la ciencia la monografía y el estudio especial de puntos concretos, agotando la materia, con investigaciones nuevas, de primera mano y sobre las fuentes mismas. Este concepto domina hoy en la crítica alemana,—iba á decir que la *inficiona*, pues esa labor perpetua de albañilería será siempre, con toda su utilidad mediata, trabajo de segundo orden, impotente para comunicar el sagrado fuego del amor á las letras, dignificador del alma humana.—Schlegel, extremando quizá más de lo justo el encarecimiento de nuestro *Romancero*, aportó mayor

suma de elementos estéticos á su nación, que cien laboriosos profesores de Jena ó Leipsick, no dejando en ese *Romancero* tilde filológica ó histórica sin remirar al microscopio. ¡Labren en el ignorado seno del mar millones de zoófitos la madre-pórica Isla; nuestros ojos no la verán sino cuando, surgiendo de las olas como la Venus griega, corone su frente el verdor de las plantas y la bese el aire salitroso y libre!

Sea como quiera, y den los tiempos venideros la razón á los sintetizadores ó á los analíticos fragmentarios; perezca ó no perezca la idea de la *Suma*, cara á la Edad Media, que animó en germen todas las grandes concepciones del espíritu, no cabe duda: la dificultad enorme de escribir *Historias generales* (aunque sólo abarquen determinado período), y lo que escasean, y lo necesarias que son para la *generalidad* de los que leen, sirve de disculpa á los yerros en que puedan caer sus autores, y aquilata sus aciertos. Estas consideraciones y la juventud del Pa-

dre Blanco, deben inclinar la balanza á la aprobación, que en rigor pudiera condensarse en un aserto irrefutable y decisivo: *Hoy por hoy, el libro es único en su género.*

Consta la obra del Padre Blanco de dos tomos, distintos, no sólo en la materia, sino en el modo de tratarla, superior el primero al segundo, aunque éste, por abarcar lo más reciente de nuestra producción, ofrezca mayor interés de actualidad y se preste á discusión muy reñida. Comprende el tomo primero dos períodos de desigual importancia: el clasicismo y el romanticismo; y ábrelo, como peristilo de columnata majestuosa, el nombre sonoro de Quintana.—Reseña el clasicismo en la poesía lírica; la llamada escuela sevillana, con la pléyade de los Arjonas, Listas y Reinosos (en estos tres primeros capítulos domina, y el Padre no lo encubre, la influencia del precioso estudio del marqués de Valmar sobre los poetas del siglo xviii).—Sigue el Teatro, la yerta tragedia y la no menos insípida comedia,

y entramos en los que califica el Padre de "antecedentes, carácter y propagación del romanticismo en España". Viene el período de transición, y el triunfo del romanticismo con Ángel Saavedra y *Don Alvaro*. Desfilan capítulos consagrados al romanticismo en la poesía lírica, á la poesía tradicional y legendaria representada por Zorrilla, al drama romántico, á la poesía festiva y la comedia, al eclecticismo clásico-romántico, á los escritores de costumbres, al romanticismo en la novela, y, por último, á la crítica literaria, que ocupa dos capítulos.

No acostumbro yo extractar así los índices de los libros, y si lo hago con éste, es para que forme el lector exacta idea del plan de la primera parte. No se crea (y vuelvo á recordar la advertencia de Sainte-Beuve) que lo apruebo. Esa especie de cuadro sinóptico me parece más adecuado para textos de enseñanza siempre elemental (aunque se llame *superior*), como el de Francisco Sánchez de Castro ó el de Revilla y Alcántara

García, que para estudio crítico de alto vuelo, como tiende á ser el del Padre.— Juzgo que cada materia de las que forman el tomo requería un tomo ella sola; un tomo que podría no ser tan nutrido como el que tengo á la vista, pero sí muy sustancioso y ceñido al asunto.—La literatura de una nación no suele ofrecer el espectáculo de esa unidad armónica que autoriza al crítico para estudiarla simultáneamente en sus diversas manifestaciones. Hay géneros que se rezagan y géneros que marchan á la cabeza: hoy sucede esto con el teatro y la novela, por ejemplo. En rigor, nuestro teatro actual no puede estudiarse formando cuerpo con nuestra novela. El apogeo de la una y la decadencia del otro revelan bien á las claras que ni obedecen á las mismas influencias, ni coexisten más que en el tiempo.

Ya sé que el plan adoptado por el Padre es el más general, casi el único. Entre las muchas *Historias* literarias que poseo, desde las que pueden calificarse de

manuales (como la de la *Literatura inglesa contemporánea*, de Odysse Barot) hasta las monumentales (v. gr., los tres tomos de Ebert sobre la literatura meridional en Occidente), ninguna ofrece tal división por materias. No obstante, la considero utilísima, y quizás única fórmula conciliadora entre la atomística subdivisión de las *monografías* y la artificiosa unidad de los *cuadros*. Y que no voy descaminada me lo demuestra, ó, por mejor decir, me lo demostró hace tiempo la conformidad de Menéndez y Pelayo con esta idea mía. Estaba y juzgo que está de acuerdo el ilustre santanderino en que sólo por materias, repartidas en tomos, puede darse alguna idea menos confusa de una literatura tan rica como la española, sea desde los orígenes, sea en alguno de sus períodos.

No se me acuse de inconsecuencia por lo que voy á añadir, pues no hay contradicción, como intentaré demostrar. — Siendo, á mi ver, el libro del Padre reducido para la materia que in-

cluye, aún sobra de esa materia mucha parte, representada por obras que nada expresan y por nombres que no señalan huella original en su terreno. Nótese que me estoy refiriendo al primer tomo; pero sépase que reiteraré el cargo contra el segundo. En vez de las listas de omitidos que formaron los críticos de *La Ilustración Española y Americana*, *El Liberal* y *La España Moderna*, yo presentaría otras más extensas de omitibles. Llevan razón los mencionados críticos, si se considera que entre los nombres omitidos los hay más dignos de memoria que otros citados por el Padre, y hasta muy distinguidos y acreedores á honrosa mención en obras de otra índole; pero téngase en cuenta — para excusar las omisiones y vituperar las superfluidades del Padre Blanco — que no ha querido escribir un índice bibliográfico ni un catálogo razonado de autores, en cuyo caso estaría bien que no dejase ostugo fuera de lista. La excesiva riqueza de nombres propios y de pormenores des-



conocidos ú olvidados es gala del bibliógrafo y estorbo del crítico. Un libro como el del Padre Blanco debe excluir todo lo que no ofrezca significación poderosa, todo lo que no haya trascendido ó no se haya impuesto por su valía excepcional é indiscutible.—Para concentrar la esencia de un siglo de literatura conviene mucho alambique y mucho filtro, pocas figuras y bien destacadas: figuras *representativas*, de esas que encarnan un movimiento, una tendencia, una fase de las letras. Ha de preguntarse á sí mismo el crítico, antes de admitir nuevos personajes: "Si este autor no hubiese existido, ¿la literatura de tal época presentaría el mismo aspecto, seguiría la misma marcha, sufriría iguales vicisitudes?" Según la respuesta que su conciencia le dicte, así debe proceder.—Contados, muy contados son los nombres que tienen derecho á resplandecer en historias generales. No se le ocurriría á Jenofonte, cuando narraba las expediciones de Ciro y la retirada de los Diez mil, nombrar uno

por uno á los oficiales que mandaban las tropas. Conviene que una historia de las letras no se parezca al cuento de la pastora Torralba, porque el lector pierde la cuenta de las cabras, y con ella la paciencia y el gusto.

No ha de olvidar nunca el historiador literario lo muy esencial del proceso selectivo. Puede compararse su tarea á la de los encargados de cribar perlas en las pesquerías indianas. Tres cribos, con agujeros de mayor á menor, sirven para graduar los tamaños de la preciosa concreción de la ostra. Las perlas que quedan en el primer cribo, son las que se ensartan para el cuello de las reinas. Las del segundo ya no deslumbran. Las del tercero son género vulgar. Y las que rebasan del tercero, son aljófares sin valor, recogidos á puñados, y aprovechados como se pueda.—No ofrezcan á nuestra admiración los historiadores profundos sino perlas de primera magnitud, y alguna más chica, pero de limpio oriente y perfecta forma. Todavía me ex-